

LA MANO INVISIBLE Y EL PUÑO DE HIERRO

Oscar Oszlak

La embestida neoliberal que alentó la crisis de la deuda y el cada vez más cercano retorno a la democracia, incrementaba hacia fines de 1982 la sensibilidad de los candidatos a cargos electivos respecto de lo que hoy llamaríamos el contenido "políticamente correcto" de su discurso. Por ejemplo, al revisar la plataforma del Partido Radical respecto a la reforma del estado, Raúl Alfonsín reemplazaría algunos meses más tarde el término "distribución del excedente social" por "distribución del ingreso nacional", del mismo modo que, en el momento de escribir este artículo, otro político trataba de evitar ser caracterizado ideológicamente por emplear el término "planificación".

Con la democracia retornaba la necesidad de definiciones políticas rotundas, sin medias tintas, que ubicasen claramente, dentro del espectro ideológico, a quienes pretendían acceder a las futuras posiciones de poder. Las opciones liberalismo-colectivismo, mercado-estado, mano invisible-planificación, se reinstalaban en el incipiente debate público. Pero, ¿cómo habían funcionado estas opciones durante el régimen militar? ¿Era reconocible, al respecto, alguna singularidad del autoritarismo argentino? Las posibles respuestas a estas preguntas podían ser cruciales para el debate político-ideológico que se insinuaba y, por lo tanto, para el futuro de la democracia argentina.

Días pasados, en un popular programa político de la televisión, un precandidato presidencial -insospechable en cuanto a sus posiciones moderadas- sostenía que, de llegar al gobierno, llevaría a cabo su programa a través de la "planificación democrática". Apelando a una argucia pseudo-polemizadora, el entrevistador lo atajó de inmediato: "¿Pero qué van a decir los liberales?" A lo cual el pre-candidato, casi en tono defensivo, debió subrayar la "adjetivación" de su instrumento de gobierno ("yo hablo de planificación *democrática*"), recordando de paso que los países más avanzados del mundo también recurren a la planificación sin convertirse por ello en totalitarios.

Claro, en un país donde la planificación se llama eufemísticamente "planeamiento" o "programación", para evitar equívocas asociaciones con esa actividad deshumanizada e implacable que sólo parecen practicar seriamente los regímenes del bloque soviético, no es cuestión de espantar tempranamente a potenciales votantes. Frente al puño de hierro de la omnipotencia planificadora, nuestros ideólogos liberales de nuevo cuño han pretendido convencernos de que la "mano invisible" del mercado es el instrumento que asegura el bienestar colectivo, preservando la libertad y la igualdad social.

Más allá del mito o del lugar común, ¿cuál es el verdadero sentido de estas opciones y de qué manera deben interpretarse a la luz de la experiencia argentina reciente? En realidad, tanto la planificación como el mercado son concepciones ideales sobre la forma en que pueden o deben encadenarse los comportamientos sociales para el logro de ciertos objetivos. Su diferencia esencial radica en los supuestos de los que parten. El planificador conoce los objetivos y conoce también la relación causa-efecto entre utilizar determinados instrumentos de acción y conseguir determinados resultados. En cambio, en la idea de la "mano invisible" no existe una definición a priori del interés general, sino

que se supone que el mecanismo de mercado asignará los recursos óptimamente, de modo que el interés de las partes -y en definitiva, el interés general- quede amparado. Tampoco interesa entonces, en esta concepción, conocer las relaciones medio-fin, ya que la satisfacción del interés individual será el modo más apropiado de preservar la racionalidad global de las interacciones sociales. El ajuste de los comportamientos no depende de una voluntad superior, colocada por encima de las partes, sino del accionar de la invisible mano del mercado.

Hasta aquí, los fundamentos de cada posición. ¿Cómo han operado en la práctica? Si nos atenemos a la experiencia de los países capitalistas periféricos, la planificación registra una abrumadora mayoría de fracasos. ¿Qué es lo que explica entonces su continuada vigencia? En realidad, la planificación no persiste tanto por lo que consigue sino por lo que simboliza: **racionalidad**. Sus propuestas de política aparecen como eficientes, sistemáticas, coordinadas y consistentes. Su predicamento deriva pues de que, al igual que la "mano invisible" de la economía clásica, crea la ilusión de un mecanismo de control social que permite regular y asignar eficientemente los recursos de una sociedad.

Si los planificadores habitualmente fracasan es porque pretenden influir un juego -la política- que se rige por reglas diferentes. Nada más ajeno a la política que las premisas de neutralidad, racionalidad técnica y certidumbre, propias de la planificación. El solo hecho de desconocer esta circunstancia la torna irrelevante. Fracasa porque el conocimiento que maneja es limitado, y por lo tanto sus opciones son impracticables; y fracasa también porque su poder efectivo es escaso, y por lo tanto su capacidad de forzar la materialización de esas opciones es reducida. A menos, naturalmente, que todo el poder coercitivo del estado -el "puño de hierro"- sea puesto al servicio de una rigurosa instrumentación de los objetivos contenidos en el plan, ignorando toda forma de participación o representación democrática.

A diferencia de la planificación, la concepción del mercado parte del intercambio como elemento característico de la acción. Este intercambio tiene lugar en un espacio -económico o político- en el que la negociación constituye el principal mecanismo de transacción. La negociación representa el mutuo ajuste de demandas entre individuos o grupos en competencia. Cada tomador de decisiones es libre de perseguir sus propios objetivos, bajo el supuesto que el poder de cada parte es aproximadamente similar, tal como lo refleja la idea de "soberanía del consumidor" o su extensión al mercado político. Cada agente ejerce de este modo un efectivo veto sobre las propuestas de política, con lo cual toda decisión colectiva debe fundarse en el consenso. La coordinación entre los diferentes agentes se logra sólo como resultado de transacciones políticas y no a partir de un diseño racional previo, como en el caso de la planificación.

¿Qué aplicación tuvieron estas concepciones en la reciente experiencia del país? Podría afirmarse que la planificación y el mercado operaron de acuerdo con una lógica casi perversa, desempeñando en los hechos un papel antitético a sus propios postulados. Luego de la intervención militar de 1976, la opción mercado-planificación fue prontamente resuelta. El pleito entre el poderoso Ministerio de Economía y el flamante Ministerio de Planeamiento -encarnaciones institucionales de esa alternativa- quedó zanjado cuando el gobierno adoptó el plan económico del Dr. Martínez de Hoz. El Ministerio de Planeamiento, "descendido" a Secretaría de Estado, pasó a un discreto segundo plano. El terreno quedó despejado para que el diagnóstico formulado por el equipo económico se convirtiera en el fundamento político-ideológico de la acción de gobierno. Atribuyendo a la ineficiencia de las políticas de industrialización seguidas en el pasado y al sobredimensionamiento del estado las causas del estancamiento argentino, su propuesta consistió en propiciar, en todos los planos, el "libre" juego de una economía de mercado.

Funcionando sin interferencias, el mercado asignaría los recursos de la sociedad del modo más eficiente. Se proyectaba así, al plano económico, una filosofía política individualista opuesta a la intromisión del estado en la vida social más allá de estrechos límites. Esta filosofía concebía a la sociedad como un conjunto de múltiples unidades de decisión independientes, cuya composición estadística -los mercados, las elecciones- define el comportamiento colectivo. En esta cosmovisión, las organizaciones corporativas -laborales o empresarias- no tenían razón de ser. En su sustrato ideológico, el mercado no sólo servía para controlar el comportamiento de los asalariados, sino también para *disciplinar* a la propia clase empresaria, organizando la economía de tal forma que toda tentación de acuerdos espurios con las clases populares quedara eliminada.¹

Por lo tanto, el mercado operaba a la vez como instrumento clave de la política económica y como inapreciable recurso de control social. Ya no era solamente la mano anónima que establece reglas del juego iguales para todos y educa a los hombres en la pedagogía del cálculo racional de costos y beneficios, como postulaba el pensamiento liberal clásico. En la experiencia argentina, resultaba una pieza central de reordenamiento de la sociedad, luego de la crisis del estado protector y los regímenes democráticos. Cumplía funciones de desarticulación social, atomizando a los individuos, promoviendo su mutua competencia, destruyendo sus formas organizativas, resignificando sus identidades sociales y políticas.²

Este mecanismo resultaba coherente con la visión pesimista que el neoconservadorismo tiene de las mayorías: éstas sólo responden a tratamientos fuertes, implacables, irreversibles. Tal como la anónima e invisible mano del mercado trata a los que se equivocan y a los ignorantes. Paradójicamente, entonces la "mano invisible" intentó cumplir en la Argentina el papel que el "puño de hierro" planificador tiene reservado en otros contextos autoritarios.

Inversamente, la planificación (o el planeamiento) tuvo un papel menguado, virtualmente simbólico, racionalizado en el discurso como instrumento de "compatibilización" de las iniciativas de gobierno. Sus formulaciones abstractas sirvieron por lo general a objetivos meramente retóricos y su presencia -nueva paradoja-, lejos de evocar la dureza y rigor del "puño", tendió a desvanecerse hasta, tornarse, como la "mano", casi invisible.

El retorno a la democracia reactualizará una vez más el dilema mercado-planificación. Así planteada, sin embargo, será una falsa opción, ya que no se trata solamente de una cuestión de preferencias o posturas ideológicas. No tiene sentido abogar por una planificación que acabe en la retórica, la ingenuidad o el aplastamiento de la iniciativa social. Ni tiene fundamento suponer que el mercado reunirá a consumidores soberanos o electores con pleno poder de veto, resultando ociosa y negativa la tutela de las instituciones civiles o estatales. Ningún criterio de eficiencia puede ocultar la naturaleza intrínsecamente desigual de los "agentes del mercado". Por lo tanto, ni las organizaciones representativas de la sociedad ni el propio estado, pueden renunciar a su función correctora de las desigualdades producidas por el "libre juego" del mercado.

Una planificación instrumentada con el concurso de esas organizaciones, consciente de que los criterios técnicos deben contemplar el conflicto y la incertidumbre, la negociación y el compromiso, inherentes al juego democrático, puede constituir un justo y eficaz instrumento de gestión. Quizás no muy invisible, pero tampoco demasiado restrictivo de la iniciativa y libertad de los ciudadanos.

¹ Adolfo Canitrot, "La Disciplina como Objetivo de la Política Económica", *Desarrollo Económico*, v.19, nº 76, enero-marzo 1980.

² Oscar Landi, "Crisis y Lenguajes Políticos", *Estudios CEDES*, v.4, 1982.